

### Un llamado a ser diligentes en la santidad

(Segunda parte)

Hebreos 12:14

En la sesión pasada iniciamos el análisis del mandato de Hebreos 12:14 “*Seguid...la santidad, sin la cual nadie verá al Señor*”.

Ya hemos dicho que este mandato incluye la idea de perseguir la santidad, buscarla con ahínco y seguirla sin cesar cuando se le ha hallado.

También estuvimos estudiando a qué santidad se refiere el autor, pues, no se trata de la santidad imaginaria, ni de la santidad meramente externa. Pero tampoco se trata de la santidad legal que tenía Adán antes de la caída.

Finalizamos estudiando la santidad que nos es imputada a través de Cristo, la cual se convierte en la base de nuestra santidad práctica, aquella santidad que nos es ordenada buscar, seguir y cultivar.

La santidad imputada, la regeneración y la justificación es una obra de gracia en la cual nosotros somos pasivos y no nos es necesario trabajar, pues, esto es obra exclusiva del Señor en nosotros; pero, la santidad que debe ser buscada es una obra sobrenatural del Espíritu en nosotros, usando los medios de gracia que nos ha dado, en cuya búsqueda se requiere la responsabilidad humana que ha sido activada por la gracia del Señor.

La palabra griega para santidad en nuestro texto de estudio es *hagiasmon*, que significa *consagración*. Sin esta consagración es imposible ver a Dios, dice nuestro autor.

Esta santidad que debe ser buscada y perseguida ha sido llamada la *santidad inherente, interna y cualitativa*. Esta santidad inherente radica en dos cosas esenciales:

Primero, en la infusión de santos principios, cualidades sobrenaturales o gracias en el alma, como dice Pablo en Gálatas 5:22-23 “*Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.*” Estos hábitos de la gracia no son más que el carácter que identifica a la nueva naturaleza que ha sido implantada en nosotros por el Espíritu Santo: “*Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*” (Ef. 4:24). La santidad es inherente, no a la vieja la naturaleza, sino al nuevo hombre que ha sido generado de una manera sobrenatural en

nosotros por Dios mismo. Todo aquel que ha nacido de nuevo tiene en su ser la semilla de la santidad, y un cambio total empieza a producirse desde el momento en el cual el Espíritu Santo le regenera.

Buscar la santidad no consiste en un camino moralista en el cual vamos a hacer nuestro mejor esfuerzo para cultivar una ética elevada, no; la santidad en el creyente es el producto natural de esa infusión que hizo en nosotros el Espíritu de Dios, en el cual, la nueva naturaleza siempre tiende a lo que agrada a Dios, porque ella vive para Dios y quiere glorificarle siempre.

Hay una semilla de santidad que ha sido implanta en nosotros, la cual produce hábitos de gracia, sin los cuales nunca tendremos la esperanza de experimentar el gozo enorme de ver a Dios. *“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”* (1 Juan 3:9); *“Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones”* (2 Cor. 1:21-22). *“Usted puede saber mucho sobre Dios, es posible que escuche mucho de Dios, puede hablar mucho de Dios, puede presumir de sus grandes esperanzas en Dios, y sin embargo, si no tiene estos hábitos de santidad nunca llegará al puerto bendito de la felicidad en Dios, sin estas semillas de santidad nunca segará una cosecha de bendición.”*<sup>1</sup>

En segundo lugar, esta santidad inherente y cualitativa, se desarrolla en el uso y en el ejercicio de las gracias que nos han sido dadas de manera sobrenatural, a través del caminar en santidad. No se trata sólo de poseer una nueva naturaleza que es santa y amante de la santidad, sino que esta nueva naturaleza, que está en nosotros, nos debe conducir a producir frutos de santidad en nuestra vida diaria, en todo lo que somos, pensamos, sentimos o hacemos. *“En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia”* (Hechos 10:35); *“Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”* (1 Juan 1:7); *“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para*

---

<sup>1</sup> Brooks, Thomas. The Crown and Glory of Christianity. Recuperado de [http://www.gracegems.org/Brooks/crown\\_and\\_glory\\_of\\_christianity2.htm](http://www.gracegems.org/Brooks/crown_and_glory_of_christianity2.htm) Septiembre 6 de 2012.

*salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente*” (Tito 2:12).

No podremos cultivar hábitos santos sino hacemos actos santos. Los hábitos santos se reflejan en una vida decorosa. Los hábitos santos se evidencian en obras santas que los demás pueden ver. Los hábitos espirituales se desarrollan de la misma manera que sucede con nuestros hábitos naturales – entre más los ejercitamos a través de la práctica diaria, más se incrementan y fortalecen. Aquel que tiene una nueva naturaleza espiritual santa, desarrollará una vida santa. Es imposible que esto no se dé. Si la semilla de la santidad ha sido sembrada en nosotros por el Espíritu Santo, entonces se producirán en nosotros los frutos de una vida práctica santa.

Ahora, luego de haber entendido a qué se refiere el autor con *la santidad*, procederemos a analizar la segunda declaración de nuestro versículo: *sin la cual nadie verá al Señor*. Vamos a probar, bíblicamente, a través de varios argumentos, que sin esta santidad práctica ninguna persona tendrá la esperanza de ver a Dios. “El creyente puede fallar en <seguir la paz con todos los hombres>, aunque él sufrirá pérdida y atraerá sobre sí la vara del castigo de su Padre, sin embargo, esto no supone la pérdida del cielo. Pero sucede lo contrario con la santidad: a menos que se nos haga partícipes de la naturaleza divina, a menos que haya devoción personal a Dios, a menos que haya una sincera aspiración a ser conformados a Su voluntad, entonces, nunca se alcanzará el cielo. Solo hay un camino que lleva al país de la bienaventuranza eterna, y esa es la autopista de la santidad, y al menos que (por gracia) andemos en esa senda, nuestro curso inevitablemente terminará en las cavernas de la condenación eterna.”<sup>2</sup>

La advertencia de nuestro autor debe hacer que todos temblemos delante de la Palabra de Dios, pues, lo que él está diciendo es que, debido a la santidad inefable de Dios, delante de él no podrá estar ninguno que no ame, busque, persiga y practique la santidad. Así haya sido miembro de una iglesia bíblica, diácono, pastor o predicador de las preciosas doctrinas de la gracia; así conozca de la A a la Z la doctrina de la seguridad de la salvación o la

---

<sup>2</sup> Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Recuperado de:

[http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_094.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_094.htm) En: Septiembre 12 de 2012

perseverancia de los santos; si la vida no está marcada por ese principio de santidad que Dios implanta en los suyos, entonces, nunca veremos a Dios y moraremos en la eterna oscuridad.

Los antinomianos, algunos dispensacionalistas extremos y otros grupos cristianos de tendencia amplitudista niegan la necesidad de la santificación en el creyente, de la consagración o la obediencia a los santos mandatos del Señor. Ellos creen que la santidad imputada nos libra de la necesidad de trabajar en nuestra santificación práctica. Ellos dicen que, puesto que ahora no hay condenación para los creyentes, entonces, ya no pecan, es decir, ningún acto o pensamiento malvado que cometan les llegará a ser contado como pecado.

Pero esto no es lo que enseñan las Sagradas Escrituras:

*“Pues, no nos ha llamado Dios a inmundicia sino a santificación (consagración).”* (1 Tes. 4:7).

*“Pero gracias a Dios, que aunque eras esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia”* (Ro. 6:17-19).

La palabra *hagiasmos*, siempre que la encontramos en el Nuevo Testamento, hace referencia a la purificación ética e “incluye la idea de separación, es decir, <la separación del espíritu de toda impureza y corrupción, y una renunciación de los pecados hacia los que nos llevan los deseos de la carne y de la mente>.”<sup>3</sup>

Las Escrituras nos enseñan que el hombre es justificado delante de Dios sólo por la fe, sin necesidad de obras, pero esta fe que justifica no está sola. La justificación es seguida, inmediatamente, por la santificación, porque Dios envía su Santo Espíritu a todos los que son justificados, y este Espíritu es el de la santificación.

---

<sup>3</sup> Berkhof, Luis. Teología Sistemática. Página 633

La verdadera santidad no consiste en la mera rectitud moral, pues, “un hombre puede vanagloriarse de grande adelanto moral, y sin embargo ser un bien conocido extranjero en cuanto a la santificación. La Biblia no exige pura y simplemente un mejoramiento moral, pero sí, un mejoramiento moral en relación con Dios, por causa de Dios y con el propósito de servir a Dios.”<sup>4</sup> Muchos predicadores en la actualidad presentan sus sermones desde una perspectiva ética humanista, pero este error sólo será corregido cuando se vuelva a presentar la verdadera doctrina de la santificación. El Dr. Berkhof presenta una definición de la santificación muy interesante: “La santificación puede definirse como aquella *operación bondadosa y continua del Espíritu Santo, mediante la cual Él, al pecador justificado lo liberta de la corrupción del pecado, renueva toda su naturaleza a la imagen de Dios y lo capacita para hacer buenas obras.*”

No podremos buscar la santidad de manera correcta hasta que hayamos entendido lo que la Biblia nos enseña sobre la santidad, pues, muchos creyentes creen que se trata de un mero esfuerzo moral y de la voluntad humana; y, aunque requiere esfuerzo de parte del creyente, es necesario entender que la santidad es una obra divina. La santificación “consiste fundamental y principalmente en una operación divina en el alma, por medio de la cual, aquella disposición santa nacida en la regeneración queda fortalecida y se aumenta su santa actividad. Se trata de una obra que en esencia es de Dios, aunque hasta donde Él emplea medios, el hombre puede cooperar y se espera que coopere mediante el uso adecuado de estos medios.”<sup>5</sup>

Que la santidad es una obra sobrenatural queda claro en muchos pasajes de la Biblia:

*“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”* (1 Tes. 5:23-24).

*“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que*

---

<sup>4</sup> Berkhof, Luis. Teología Sistemática. Página 637

<sup>5</sup> Berkhof, Luis. Teología Sistemática. Página 638

*hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (Heb. 13:20-21).*

La santificación consiste en dos partes fundamentales: La mortificación del viejo hombre y la vivificación del nuevo hombre. El viejo hombre hace referencia a nuestra naturaleza de pecado, la cual debe ser debilitada, no alimentada y golpeada hasta que pierda por completa su fuerza. Es deber del creyente, por la gracia del Espíritu Santo, considerarse muerto a la naturaleza de pecado, la cual ha sido crucificada: *“Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:6). “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gál. 5:24).*

Pero, además de este aspecto negativo en la santificación, se requiere de uno positivo, es decir, vivificar el nuevo hombre que fue creado en Cristo Jesús para buenas obras (santidad). Esta vivificación “consiste en aquel acto de Dios por medio del cual se fortalece la disposición santa del alma, se aumenta la actividad santa, y de este modo se engendra y promueve un nuevo curso de vida. La vieja estructura de pecado va destruyéndose por grados, y una nueva estructura originada en Dios

Ahora, analicemos a la luz de las Sagradas Escrituras algunas de las razones por las cuales sin santidad nadie verá al Señor.

1. En primer lugar, la Biblia nos enseña de una manera clara y simple que Dios ha cerrado y trancado la puerta del cielo para todos los que viven en impiedad. *“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor. 6:9-11).*

El cielo es una herencia inmaculada, impoluta, y ninguno de los que viven como impíos podrá ser partícipe de la misma. Cuando los ángeles cayeron de su justicia y santidad, el cielo los rechazó. Pero ahora, algunas personas creen que los estándares de santidad del cielo han cambiado y que Dios aceptará en su seno a personas que se deleitan en la maldad. ¿Podrá ese mismo cielo que excomulgó a los ángeles que pecaron, albergar a injustos que se creen dignos del amor de Dios? Seguro que no. Estos pecadores que con sus maldades hacen llorar y gemir a la tierra ¿podrán ser recibidos arriba para también hacer llorar y gemir al cielo? De seguro que no.

En Gálatas 5:19-21 también la Palabra de Dios es clara en afirmar que los que andan practicando la maldad no entrarán al reino de los cielos, no tienen la bienaventurada esperanza de poder ver a Dios: *“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.”*

Antes de que los impíos vayan al infierno, Dios les dice una y otra vez que ellos no heredarán el Reino de Dios.

2. Un segundo argumento bíblico que demuestra que sin santidad nadie tendrá la dicha bienaventurada de ver a Dios es el siguiente: Sin santidad los hombres son extraños ante Dios, y por lo tanto, no pueden ser admitidos en la convivencia con Dios. Dios no ama el vivir con extraños. Ahora, todas las personas profanas e impías están en esta condición: *“En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”* (Ef. 2:12). En este pasaje hay cinco “sin” que identifican a los impíos:

- a. Estaban sin Dios, el autor de la esperanza
- b. Estaban sin Cristo, el fundamento de la esperanza
- c. Estaban fuera de la iglesia, el lugar de la esperanza
- d. Estaban sin los pactos de la promesa, es decir, estaban sin las preciosas promesas que Dios en su pacto había hecho, las cuales son el suelo y la razón de la esperanza.

e. Y, por último, estaban sin la gracia de la esperanza; no tenían ninguna esperanza de la comunión con Cristo, sin la esperanza de la comunión con los santos y sin esperanza de la reconciliación con Dios.

Ellos son unos completos desconocidos ante Dios y no se preocupan por sus almas.

El Dios del Antiguo Testamento no aceptaba extraños en su santuario, por lo tanto, ¿Será que Dios, ahora aceptará extraños en el reino de los cielos? De seguro que no: *“Y dirás a los rebeldes, a la casa de Israel. Así ha dicho Jehová el Señor: Basta ya de todas vuestras abominaciones, oh casa de Israel; de traer extranjeros, incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne, para estar en mi santuario y para contaminar mi casa, de ofrecer mi pan, la grosura y la sangre, y de invalidar mi pacto con todas vuestras abominaciones. Así ha dicho Jehová el Señor: Ningún hijo de extranjero, incircunciso de corazón e incircunciso de carne, entrará en mi santuario...”* (Ez. 44:6,7,9).

En el cielo tampoco entrará ningún extraño o extranjero. Todo el que no tenga santidad interna, ni santidad en sus corazones, ni santidad práctica en sus vidas; no tiene derecho a entrar al santuario de Dios, y por lo tanto, Dios nunca le permitirá la entrada al Reino de los cielos: *“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”* (Mt. 7:21-23). *“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Más él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes”* (Mt. 22:11-13).

Insisto, si Dios cerró las puertas del Tabernáculo a todos los extraños a él, al pacto y a la iglesia; también cerrará la puerta a todos los que son extraños a él, a Cristo y a su Palabra. A los palacios no entran los extraños, sino los príncipes, los hijos, los amigos, los conocidos, los favoritos; de la misma manera es en el palacio de los cielos. No vamos a

admitir que extraños convivan con nosotros; y Dios no admitirá en su cielo a personas que nunca tuvieron familiaridad con él.

3. Un tercer argumento bíblico que demuestra que sin santidad nadie podrá tener la dicha de estar eternamente en la gloriosa y gozosa presencia de Dios es este: Las personas profanas están en comunión y familiaridad con Satanás, por lo tanto, Dios no tendrá ninguna comunión o familiaridad con ellos. “*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?*” (1 Cor. 6:14-16).

Si no puede haber comunión íntima entre un incrédulo y un creyente, entre la justicia y la injusticia, o entre la luz y las tinieblas; de la misma manera, Dios no tiene comunión con Satanás ni con aquellos que le pertenecen. Todos los que hacen maldad y se complacen en ella son hijos del diablo, en consecuencia, Dios no los podrá recibir en su Reino celestial: “*Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer*” (Jn. 8:44). “*en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia*” (Ef. 2:2).

Los pecadores tienen una relación de profunda amistad y compañerismo con Satanás, así ellos no lo miren de esa manera. Ahora ¿No será una blasfemia afirmar que un Dios santo tendrá comunión con aquellos que son amigos del diablo? Si Dios expulsó a Satanás del cielo, acaso ¿dará cabida a los súbditos de Satanás en su reino celestial? Si el cielo era demasiado santo para Satanás y los demonios ¿descansarán en el seno divino los que tienen a Satanás como compañero?

4. Un cuarto argumento bíblico que demuestra la imposibilidad de que algún ser humano vea a Dios sin santidad es este: La gente profana es contraria a Dios. Su naturaleza, sus principios, sus prácticas, sus objetivos, sus mentes, sus voluntades, sus afectos, sus intenciones, sus juicios y sus resoluciones son contrarios al nombre, la naturaleza, la gloria y la verdad de Dios.

Nadie que lleve una vida marcada por la oposición a Dios en sus actos, pensamientos e intenciones, tendrá la esperanza de gozar de Su presencia, pues, Dios mismo está en oposición a él: *“Si anduviereis conmigo en oposición, y no me quisiereis oír, yo añadiré sobre vosotros siete veces más plagas según vuestros pecados”* (Lev. 26:21).

Así como es imposible unir al este con el oeste, o al norte con el sur, o a las tinieblas con la luz, o al cielo con el infierno, también es imposible que un Dios santo abrace a un pecador impío. Las personas impías son contrarias a Dios en todo lo que hacen y piensan, así ellos se consideren buenas personas o creyentes.

En Isaías 22:12-13 hay una terrible acusación que Dios hace contra los impíos: El Señor los está llamando al arrepentimiento, a que lloren y lamenten por sus pecados, para así encontrar el favor divino, pero ellos hacen lo contrario. El impío prosigue en su vida licenciosa y se entrega a la alegría y al goce de este mundo, porque sabe que mañana morirá, pero no se acuerda que luego de la muerte viene la eternidad, y ésta será horrible para él si no la puede disfrutar en la presencia de Dios: *“Por tanto, el Señor Jehová de los ejércitos, llamó en este día a llanto y a endechas, a raparse el cabello y a vestir cilicio; y he aquí gozo y alegría, matando vacas y degollando ovejas, comiendo carne y bebiendo vino, diciendo: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos”*. El impío siempre hace lo contrario a Dios, está en oposición a él.

Algunas corrientes doctrinales de nuestro tiempo han inventado la idea de que existen dos clases de creyentes: los espirituales y los carnales. Según esta interpretación, ambos son salvos y redimidos, pero creo que esta no es la enseñanza de las Sagradas Escrituras. La persona que es carnal, es aquel que anda según la carne o la naturaleza pecaminosa, pero si andamos en la carne no agradamos a Dios y Dios tampoco está agradado con nosotros, pues, estaríamos en oposición a él, en enemistad contra él: *“Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”* (Ro. 8:6-8). *“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo, es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”* (Stg. 4:4).

El impío no podrá ver a Dios porque en él no hay santidad, porque él es contrario a Dios. Un Dios santo no puede tener comunión con un corazón impío, pues, son como el agua y el fuego, el lobo y el cordero. No puede haber amistad donde hay antipatía espiritual.

5. En quinto lugar, sin santidad nadie puede tener comunión espiritual con Dios. Una persona puede orar, pero no puede tener comunión con Dios en la oración sin la santidad. Puede participar de la Cena del Señor, pero no puede tener comunión con Dios en este sacramento sin la santidad. Puede entrar en la comunión con los santos, pero no puede tener comunión con Dios en la reunión de los santos sin santidad. Puede leer y meditar en las Escrituras, pero no puede tener comunión con Dios en la lectura y meditación de la Palabra sin santidad. *“Porque Jehová tu Dios anda en medio de tu campamento, para librarte, y para entregar a tus enemigos delante de ti; por tanto, tu campamento ha de ser santo, para que él no vea en ti cosa inmunda, y se vuelva de en pos de ti”* (Deut. 23:14).

Un Dios santo solo puede estar en compañía de aquellos que andan en santidad. La santidad es el vínculo que une a Dios con las almas. Dios se unirá solamente con aquellos que se han unido a él en la santidad; pero si él ve inmundicia y maldad, seguramente se alejará. El Espíritu Santo trata de mentirosos a aquellos que dicen estar en comunión con Dios mientras mantienen estrechas y familiares relaciones con el pecado: *“Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad”* (1 Jn. 1:6).

Muchas personas pueden parecer creyentes sinceros y amantes del Señor. Pueden ser fieles a la iglesia, y asistir puntualmente a todos los cultos; participar de los sacramentos y estar en las reuniones de oración; pero si ellos no andan en santidad, Dios no tiene ninguna comunión con ellos.

Escuchemos la acusación que Dios hace contra el pueblo de Israel, y traigamos sabiduría al corazón: *“No fiéis en palabra de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este. Pero si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con verdad hicieréis justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimiereis al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente, ni anduviereis en pos de dioses ajenos para mal vuestro, os haré morar en este lugar, en la*

*tierra que di a vuestros padres para siempre. He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis, ¿vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre? (Jer. 7:4-10).*

Así como muchos hombres se levantan temprano y se acuestan tarde, y trabajan todo el día para hacerse ricos, pero no consiguen nada y siguen siendo cada vez más pobres; de la misma manera muchas personas tratan de cumplir con todo lo que consideran debe hacer un buen cristiano, pero al final no crecen en el Señor porque simplemente no andan en santidad, Dios no está en comunión con ellos. Sin la santidad Dios no nos puede abrazar en esta tierra, y mucho menos nos tendrá en su seno en el cielo.

Deseo concluir este estudio, a modo de aplicaciones, dando algunas razones del porqué sin la santidad real o práctica no tendremos nunca la verdadera felicidad, que consiste esencialmente en poder ver a Dios.

*Primero*, Dios ha dicho que sin santidad nadie lo verá, y tengamos por cierto que lo que Dios dice es verdad y tendrá cabal cumplimiento. Dios no miente y no dejará que ninguna de sus palabras caigan al piso. Nosotros somos cambiantes, pero en Dios no se da esta clase de cambios. Lo que él dijo será.

*Segundo*, la santidad es ese principio que nos lleva a desear a Dios, a estar en comunión con él; que nos capacita para estar con Dios en el cielo y para que Dios esté en nuestros corazones. Si el corazón es limpio Dios es para ese hombre y ese hombre es para Dios.

*Tercero*, el cielo es un lugar santo, donde habita el Santo, donde está el templo santo y es el reinado de la santidad; por lo tanto, nadie que no sea santo podrá estar en ese lugar; ni siquiera se sentirá a gusto en ese lugar. Nuestra vida en la tierra es una preparación para la vida eterna en la presencia de Dios, por lo tanto, es necesario ejercitarnos en amar, buscar y vivir en santidad.

Las personas que no buscan la santidad no tienen un corazón dispuesto para ir al cielo. Puede que de vez en cuando hablen del cielo, o en ocasiones levanten sus ojos y manos al cielo, o que de vez en cuando expresen sus vagos deseos de ir al cielo; pero no es difícil

verificar en sus vidas que realmente no tienen un corazón que está preparado para vivir en los santos cielos.

Haré algunas preguntas que nos ayudarán a saber si realmente nuestro corazón está preparado para la felicidad eterna de ver a Dios en los cielos:

¿Con qué frecuencia piensas en la vida y la muerte, en Dios, en el cielo y en el infierno?

¿Has escogido la vida antes que la muerte? ¿Al cielo antes que el infierno?

¿Quieres ir al cielo pero no extiendes tus manos para aferrarte a los medios de gracia que Dios te da para llevarte a su presencia?

¿Endureces tu corazón contra Cristo que es el único camino al cielo?

¿Deseas disfrutar del cielo pero nunca piensas en el cielo y vives en este mundo como si no existiera el cielo?

¿Quieres disfrutar de la felicidad eterna pero has hecho un pacto con la muerte y el infierno a través de tu vida de pecado?

¿Quieres gozar del paraíso celestial donde estarán para siempre los santos, pero en esta tierra detestas la compañía de personas piadosas y no te deleitas con los que realmente van camino al cielo?

¿Quieres ir al cielo de la felicidad eterna pero nunca hablas del cielo, ni oras por el cielo, ni trabajas para el cielo, ni miras para el cielo, ni anhelas el cielo, ni luchas por el cielo, ni esperas el cielo?

Las personas impías no tienen un corazón dispuesto para la vida en el cielo; no quieren estar en el infierno, pero tampoco en el cielo. Además, si una persona que se deleita en la maldad se le permitiera la entrada al cielo, de seguro que no encontrará en él ninguna felicidad, pues, el cielo será un infierno para los impuros de corazón.

Los impuros pueden desear el cielo porque es un lugar libre de aflicciones, problemas, enfermedades y otras cosas negativas que tenemos en esta tierra; pero realmente ellos no podrán gozar ni un minuto del cielo, porque allí todo es santo: los que lo habitan son santos, lo que se hace es santo, sus goces son santos. Un corazón impuro no podrá desear un cielo así.

Deseo terminar esta sesión con algunas cortas aplicaciones:

Mucha gente vive engañada en este mundo y creen que de alguna manera Dios tendrá misericordia de ellas y les concederá el cielo, aunque nunca pensaron en el cielo ni se interesaron en las cosas de Dios. Otros creen que Dios los aceptará en su gloria porque cumplieron con ciertos ritos y deberes religiosos, aunque en su corazón nunca hubo un pensamiento sincero respecto a Dios y su Palabra. Algunas personas creen que en la eternidad vivirán con Dios y con Cristo, aunque en sus corazones jamás amaron al Hijo y mucho menos al Padre. Pero estos no son más que vanos pensamientos e ilusorias esperanzas. Jesús fue muy claro cuando dijo: “*Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios*” (Mt. 5:8).

Si has evaluado tu vida y llegaste a la conclusión de que no tienes ninguna esperanza de ver a Dios, entonces te invito para que vengas en arrepentimiento ante Cristo, supliques su misericordia, y le ruegues te dé el don de la salvación. Él no rechaza a los que vienen a él en humillación y arrepentimiento. Él Espíritu de Dios te regenerará, imputará en ti la santidad de Cristo, pondrá en tu corazón la semilla de la santidad, y verás cómo desde ese mismo instante empezará a crecer en ti un vivo y sincero deseo por las cosas santas, y pronto estarás dando frutos de real santidad; el gozo del Señor avivará tu alma porque podrás contarte, y con total seguridad, entre aquellos millares de millares que tendrán la felicidad eterna de ver a Dios.